

armas á la elocuencia, y mientras rogaba que no se buscara en sus obras la gala de los ornamentos ni la pompa de las palabras, hallábase en brazos de la mas dulce y magestuosa poesía.»

Entre las obras que existen de San Valerio (1), no hay ninguna que no merezca los mayores elogios, habiendo sido manantial fecundo donde se han inspirado despues célebres oradores y poetas insignes.

Valerio murió el año 695.

Cupo á los romanos el triste privilegio de abrir á las bárbaras naciones del Norte las puertas de la península Ibérica, y á la nobleza visigoda corresponde el de haber entronizado en nuestro suelo el imperio de los sectarios de Mahoma.

Precedió á la batalla de Guadalete un período de vergonzosa disipacion y desenfreno, de hondas perturbaciones, de escasos monumentos de cultura y civilizacion. El clero, la nobleza y el pueblo, todos por diversas sendas, caminaron á su propia destruccion. «La nobleza, es decir, la raza goda, degenerada en la molicie, gastada en medio de los placeres materiales y falta de toda fé y pudor, era impotente para el ejercicio de las armas, y solo abrigaba, con los hábitos de re-

(1) Las obras que existen de San Valerio, son: la *Vida de San Fructuoso*; la *de Santa Echeria*, dirigida á los monges del Bierzo; el tratado *De Monachorum penitentia*; el *De Genere Monachorum*, y el de sus propias querellas (*Querimonie*), dedicado tambien á Donadeo. En este escrito, sin duda el mas importante bajo el aspecto histórico, refiere el santo sus penalidades y persecuciones con tan vivo colorido como el que resalta en las *Visiones* y en el tratado *De vana sæculi sapientia*. Estas obras se publicaron diferentes veces antes que el diligente Florez las insertara en el tomo ya citado de la *España Sagrada*, pero incompletas y plagadas de lunares.

belion y de trastorno, una ambicion desmedida; el clero, espejo de la virtud y la sabiduría medio siglo antes, apagado el noble espíritu que le animaba, olvidaba sus puras y patriarcales costumbres, y adulteradas sus venerandas tradiciones, no era ya el huerto de eleccion, donde crecía libre y frondoso el árbol de la inteligencia; en él cundían solamente el abrojo y la maleza que lo envenenaban: la plebe, es decir, la raza hispano-latina, que era la parte mas numerosa é inteligente de la nacion, perdido el amparo del clero, á quien habia mirado con el amor de hijo, humillada por los poderosos y sin participacion activa en el gobierno del Estado, veía desvanecida toda esperanza de engrandecimiento, y avezada á la servidumbre y la miseria, yacía en la postracion mas lastimosa.»

Tal es el cuadro que nos ofrece España durante los últimos años del siglo VII y los primeros del VIII; la enérgica protesta de la Iglesia contra tantos desórdenes, no dió mas resultado que trasmitirlos en toda su vergonzosa desnudez, para baldon eterno de los que, usurpando el carácter sacerdotal, no tuvieron reparo en manchar la púrpura y hacer escárnio del altar.

La Elocuencia cristiana enmudece casi por completo durante el período que precede á la invasion agarena: triunfantes los hijos del falso profeta, renacen con nuevo vigor los elementos de la civilizacion pátria, y en tanto que los mahometanos llevan de una á otra comarca sus falanjes vencedoras, acógense á las montañas de Asturias un puñado de hombres, resueltos á rechazar á costa de sus vidas toda idea de servidumbre. Encendida por la fé la hoguera del patriotismo, renace para asombro de las edades, el antiguo valor de los



iberos, probado contra Roma en una guerra de doscientos años, y que debía acrisolarse con cien y cien victorias, en una lucha de ocho siglos. Así, poniendo la Iglesia bajo la salvaguardia y patrocinio de aquellos héroes las reliquias de los santos y de los mártires y las preseas de sus altares, venia á santificar aquel noble grito de independencia, y mostrándose mas grande y sublime en mitad del naufragio que en los dias de la prosperidad, velaba incansable por lo porvenir del Cristianismo, salvando con igual solicitud el dogma, la ciencia y el arte, cuya guarda y custodia habia confiado á su celo y sabiduría la Providencia.

— 93 —  
CAPITULO IV.

**Las Cruzadas.**—Pedro el Ermitaño.—Urbano II: concilio de Clermont. Fin de la primera cruzada.—San Bernardo.

Es para nosotros una ventaja incalculable escribir la historia de la Elocuencia cristiana, cuando en la apreciacion de los sucesos mas importantes que han ocurrido en el mundo, nos han precedido insignes pensadores, escritores ilustres, hombres que con un criterio filosófico elevado, han destruido la obra de la parcialidad, de la injusticia y del error.

Las Cruzadas, hecho el mas trascendental y con mas variedad juzgado, que tiene lugar en los siglos medios, no es ya para quien en algo estime la opinion y el fallo definitivo de la esperiencia y del saber, no es una *locura insigne*, ni un *acto de barbarie*, ni una *temeridad inaudita*; es por el contrario una nueva redencion que parte de la idea regeneradora, un movimiento saludable que imprime á la sociedad la doctrina mas grande y humanitaria: es el sacudimiento de una nueva civilizacion comprimida, detenida en su marcha por los extravíos mas lamentables: es la tabla de salvacion que en medio de la tormenta ofrecen al mundo agitado, al mundo